

Francisco Márquez Villanueva y la Historiología de Américo Castro

Emilio González Ferrín
Universidad de Sevilla

Stepan Arkadievich leía un periódico liberal; no extremista, sino de una tendencia política a la que pertenecía la mayoría. Y, a pesar de que en realidad no le interesaban la ciencia, el arte ni la política, sostenía firmemente las mismas opiniones que la mayoría y que el periódico, cambiando de ideas solo cuando lo hacían todos. O, mejor dicho, no las cambiaba, sino que éstas se transformaban imperceptiblemente por sí mismas.

Ana Karenina

Método

Francisco Márquez Villanueva, “el profesor sevillano de Harvard” (Piñero Ramírez 2013, 20), en mi opinión representa la consolidación de un método que más tiene que ver con mentalidades que con logros concretos. Mucho más atañe ese método a la honrada comprensión de los hechos del pasado que a ocasionales avances en mecánicas escolásticas o gremiales –metodologías auxiliares. Ese método es la historiología, tal como pudo enunciarlo Américo Castro (1950), y en Márquez Villanueva se especifica mucho más al prestar oído crítico a los textos literarios para comprender el tiempo en que fueron escritos. Expuesto así en sus rudimentos, el método historiológico no parece suscitar mayores sospechas o resquemor alguno. Sin embargo, puesto en funcionamiento tiende a levantar polvaredas de crítica y desprecio. Entiendo que por dos razones: por un lado, debido a que la historiología pone a la filología al servicio de la historia, así como reivindica la seriedad imaginativa de su ejercitador, y eso no casa con nuestras costumbres metodológicas. Por otro lado, Castro y Márquez Villanueva españolizan las tradiciones culturales asociadas con otras religiones distintas del cristianismo, y eso rompe el molde nacional-católico en que hemos sido adoctrinados.

Como en España nos movemos en campos de especialización caracterizados por sus muros de separación, y como aquí la imaginación parece estar reñida con la seriedad, todo aquel que haga uso de esa seriedad imaginativa –“las alas de la intuición” en Gómez-Martínez (407)– para prestar oído crítico a los textos literarios y así comprender el tiempo en que se produjeron, será menospreciado, ignorado, o lanzado a esa tremenda centrifugadora de talentos que a lo largo de nuestro tiempo en marcha ha impedido que grandes historiólogos florezcan en nuestro país y deban hacerlo en el extranjero. Francisco Márquez Villanueva, al igual que Américo Castro antes que él, le dio vueltas a nuestros textos, y valga este posesivo como meramente aplicado a lo idiomático. Ambos lo hicieron en el extranjero por obligación, y nunca prestaron atención a los cotos vallados de diversas especialidades por las que pasearon su magnífico estilo literario con el que compilaron una compacta obra de interpretación historiológica. Comprendieron su método como el modo más honrado de analizar “toda aquella vida guardada o invocada en las grandes obras literarias” (Picón Salas 30).

Y valga aquí una matización relacionada con la citada centrifugadora de talentos. Castro y Márquez Villanueva escribieron la mayor parte de su obra, como decíamos, en el extranjero. Pero también lo hicieron desde allí los principales fustigadores de la obra de Castro, léase Sánchez-Albornoz y Eugenio Asensio, si bien éste último por razones diferentes al resto. Sea como fuere, y en relación directa con los temas literarios y constantes históricas que ocuparon a estos autores, en algún momento habrá que reflexionar en este país acerca de por qué da la impresión de que el talento español debe remar siempre a contra-España.

Viene a afirmar Sebold –discípulo de Castro al igual que Márquez Villanueva y tantos otros nombres ilustres de los estudios hispánicos– que la historia es evolución dialéctica, más bien que revolución; que debe contextualizarse con sensibilidad toda realización humana en el siempre cambiante y gradual proceso histórico (Sebold 83). Castro dirá que le interesa el ser humano en tanto que “situado, ajustado y realizado en vida” (1950, 6). Que sólo en su contexto debe juzgarse una acción, una obra. Y de ahí proviene, a mi entender, la monumental incompreensión –ignorancia activa– del método historiográfico por parte de tantos críticos ante cuanto aquí asociamos a la obra tanto de Márquez Villanueva como la de Castro: ambos superaron, sin que el hecho en sí mereciese mayor consideración escrita, el escolasticismo rancio del positivismo histórico para lanzarse a la sensible contextualización; interpretación personal de unas épocas determinadas a través de sus ventanas literarias. La literatura como “la vía más directa para penetrar en una situación de vida colectiva, en la vivencia del propio existir como textura de vida y horizonte estimativo” (Rodríguez Puértolas 235). Y ahí se encontraron con cromatismos y sustratos que aquel positivismo no sólo no veía sino que se negaba a mirar. Resultaba que el ser español aparecía de un modo más completo en los textos literarios que en ningún otro vestigio, pero aparecía ante el observador una esencia algo más compleja que el monocromatismo reflejado en las crónicas históricas.

Esos sustratos y cromatismos varios tienen que ver con cuanto hoy comprenderíamos como transculturalidad, algo incompatible con esencias patrias asumidas como monolíticas; patrias de exclusión, no de suma. La historiología trata una transculturalidad continuada, soterrada, de carácter multirreligioso que especifica un atípico modo español de ser europeos porque, aquí, la tradición religiosa es esencial para comprender lo cultural, y tal tradición religiosa depende, por más que pretendiese ocultarse, de injertos semíticos. Y eso sin contar con que el cristianismo ya es lo suficientemente semítico. Es decir: ambos historiólogos prestaron atención a que la cultura española tiene un componente judío e islámico esencial, no meramente circunstancial, prescindible. Y ahí chocaron y siguen haciéndolo, especialmente Castro, con la soberbia hostilidad de los zoilos.

Los fantasmas del positivismo

Afirma Guillermo Araya que la historiología americocastriista rechazó por igual “los fantasmas del positivismo histórico” (Picón Salas 30) y el idealismo ambiental en los estudios históricos, cultivados ambos en serie por una determinada y vigente “seudohistoriografía”. Lo característico de esas dos versiones de la seudohistoria sería su dedicación o bien a los datos y documentos sin reflexión teórica alguna (Araya 1971, 7) o bien a construir elucubraciones abstractas sin conexión con la realidad histórica. Resulta interesante que en este punto coincidan abiertamente Castro y su ocasional fustigador, Claudio Sánchez-Albornoz, quien comienza un párrafo destinado precisamente a criticar “las fantasías de seudohistoriadores” con el siguiente cauto reconocimiento: “Ningún auténtico historiador ha mantenido inalterable en el curso de las décadas sus concepciones historiográficas” (11), pasaje de vital importancia en el que queda de manifiesto la natural utilización que hace su autor del término historiología, el reconocimiento de un innegable personalismo al hablar de concepciones, así como la declaración de principios en el sentido de lo moldeable de las opiniones formadas. Pues bien, en el mismo sentido había destacado Castro que una cosa es la filosofía de la historia, otra bien diferenciada la relación de vestigios materiales, restos de pueblos determinados, y una tercera diferente la reflexión fundamentada sobre esos pueblos. En este último caso, para tal reflexión se puede acudir a la literatura al igual que a cualquier otra forma de realización artística en la que tales pueblos expresan su modo de ser y su visión del mundo (Castro 1956, 26).

Esa reacción contra el positivismo y su “deseo desmesurado de objetividad que las hacía meras narraciones de sucesos” (Gómez-Martínez 406) provocó la eclosión de categorías historiables en el método castrista, con las que levantar el vuelo desde el simple legajismo –recolección aséptica de “lo cronicable” –, pasando por “lo narrable”, para llegar por fin a lo genuinamente “historiable”

(Castro 1956, 25). Este objeto de reflexión, lo historiable, se presenta como vida abierta, problemática, esencia de la historiología en tanto que búsqueda de los mecanismos de la historia, no los meros datos. Ese historiar castrista, como entrada en la conciencia de otros desde la conciencia viva del historiador (Castro 1956, 34) –así, no simple relator–, se me antoja cuanto en otro lugar he tratado de ejemplificar mediante la ilustración de fotografiar un caballo al galope, con el fotógrafo montado en otro caballo también a pleno galope. Dos movimientos en disonancia, el del tiempo pasado que transcurrió y el del presente desde el que se escribe, que el historiador no puede fijar, sin más, prescindiendo de comentar trayectorias (González Ferrín 2014b, 12).

Los “fantasmas del positivismo” no eran de reciente aparición a comienzos y mediado el siglo pasado –tampoco han desaparecido, todo sea dicho–, como no eran nuevas las voces resaltando la necesidad de aire fresco comparativo que aunase filología, historia, rigor e imaginación para comprender aquellos mecanismos de la historia. Una historia permanentemente abierta a la interpretación, y no etiquetada y encerrada en manuales definitivos. Cerrada, como si de cicatrices se tratase, en una serie de narraciones canónicas cuya mayor parte coincide con elaboraciones de constructos ideológicos a la medida de proyecciones políticas hacia el futuro. De ahí que, muchas veces, la historia sea más bien una cuestión de futuro, al ser susceptible de una lectura geopolítica inyectable. Y de ahí que molesten tanto las nuevas interpretaciones, porque remueven los andamios del futuro programado.

Dado que la historia es siempre una narración determinada, el sentido último de escribirla debería ser proponer aproximaciones progresivas a puntos de no retorno, el irrepentible pasado. Progresivas, porque se supone que el conocimiento avanza y abarca, no carcome y limita, siendo éste en realidad un viejo problema intelectual desde los tiempos de Aristóteles y su obsesión por no mezclar géneros o especialidades científicas, tendencia ésta de gran predicamento en el mundo medieval y en el neo-gótico actual. También existieron siempre, por otra parte, disquisiciones de signo contrario que ponían sus semillas de futuro arraigo historiológico, de omnicomprensión de las realidades. Por ejemplo el neoplatónico Proclo, quien en sus comentarios a Euclides trata un problema de recurrente presentación en la posterior historia intelectual de Europa y que desde lo estrictamente matemático encuentra su aplicación general: mediante la imaginación, la deducción, la aplicación lógica de los conocimientos, se puede comprender un mundo en proyección geométrica –volúmenes, perspectivas– y no sólo aritmética –suma mediante acumulación– (Eggers 127).

El conocimiento –y el histórico es una de sus formas, o debería serlo– avanza así mediante actividad personal y ampliación volumínica, no mediante freno metodológico, represión parcelaria por obsesión taxonómica de especialidades aisladas. Pero se trata de una actividad imaginativa, ya que el ser humano sólo comprende mediante el despliegue de imaginación. Por cierto que aquel modo de hacer ciencia geométrica y no meramente aritmética reaparecería después con fuerza en la Europa del XVII y desde luego en el pensamiento de Descartes, Leibniz o incluso Kant, con su modo de superar la racionalidad estricta. Y no es ésta una alusión gratuita: gran parte del problema científico en España siempre ha provenido precisamente de esos mimbres; del desprecio a una imaginación creadora que sea capaz de conectar especialidades, saberes. Filología al servicio de la historia, decíamos, pero también de la mano de la historia del arte, la arqueología, etcétera. Algo que no comprenderá nunca el secuaz de academicismos o el historiador positivista, pero que el historiólogo practica a diario en continuo reconocimiento y superación de ignorancias parciales.

Como aludíamos antes, resulta evidente que cuanto flota en este ambiente de continuidad, historiología, omnicomprensión, y todo ello aplicado a la intersección entre la historia de España, del Mediterráneo y de Europa es precisamente el mismo tema y similar rechazo categórico y ambiental a una línea de interpretación pausada de la historia representada por Américo Castro en primer término, frente al látigo gótico esencialista de posturas reactivas. Castro y Márquez Villanueva españolizan a moriscos y a judíos, por ejemplo; plantean una tercera España que ni expulsó ni fue expulsada y que se atragantó con novedades impositivas. Y lo plantean basándose

fundamentalmente en textos literarios. Los críticos acérrimos presentan aquí razones ideológicas. Es decir, que la historiología de Castro, sobre todo, y de Márquez Villanueva, también en gran medida, responde a una ideología previa. Que se leen los textos buscando a judíos y moriscos. Sin embargo, en la trayectoria intelectual de ambos se evidencia que la progresión de su obra comienza desentrañando, sin más apriorismo, los textos clásicos. Y sólo después aparecen en ellos, por lo general veladamente, aquellos “judíos y moriscos”.

Desde una cierta perspectiva, sorprende a cualquier observador el tradicional desprecio proyectado desde algunos academicismos positivistas hispanos a esa línea historiológica, especialmente de Castro. Destaca la despiadada crítica a la que algunos estudiosos y muchos secuaces han sometido a su trabajo y al de sus discípulos durante tantas décadas ya, en radical contraste con la recepción generalmente positiva y el impacto perdurable del que disfruta su obra en Estados Unidos y Latinoamérica, donde los estudiantes de Castro y los de éstos continúan comentando sus libros en términos de aprobación o incluso admiración (Szpiech 101).

Movido por lo anterior, evidente para cualquier observador, escribí hace poco que Américo Castro fue español, pero el castrismo es norteamericano, y que cuanto destacaba Marcel Bataillon sobre Erasmo de Rotterdam –que era holandés, pero el erasmismo es español– (González Ferrín 2014a, 17) puede aplicarse de modo similar a la vitalidad norteamericana de la figura de Castro, ese nombre cuchicheado en las universidades españolas de los cincuenta, como explicaba Francisco Márquez Villanueva (Peña Fernández 37). ¿Qué hay, que mueva tanta envidia polemista contra este autor, esa corriente, ese modo no positivista de escribir la historia? ¿Qué puede, en esa línea, provocar el obsesivo rechazo a todo sentido continuista de la historia, a toda forma de entender las labores intelectuales coordinando especialidades, tratando de buscar siempre perspectivas diferentes? En mi opinión, no es tanto un problema de esencias patrias puristas como de academicismo. Hay mucha menos ofensa nacional-católica que soberbia, cerrazón y miedo gregario a que lo novedoso, el trabajo inter-disciplinar y el multi-perspectivismo relativicen la consideración de los grandes próceres del positivismo histórico académico. Es, como tantas otras veces en España, un genuino problema de hidalguía.

A decir verdad, proponer hipótesis de trabajo o avanzar en cambios de paradigma en España –y la historiología de Castro y sus continuadores implica un cambio de paradigma en toda regla– suele condenar históricamente al ostracismo al osado, y en cualquier caso a una cuarentena ideológica de la novedad. Cuando se define el trabajo americano de Castro como un neto abordaje a lo que cabría considerar como una agenda aplazada de la escuela de Menéndez Pidal (Márquez Villanueva 2003, 85), se apunta precisamente a la raíz de un problema nacional: aquí no se mezclan especializaciones ni se le dan vueltas a las cosas, y quien lo haga es sospechoso de moverse por sinrazones ideológicas. Sin embargo, cuando Américo Castro publicaba en 1950 su citado *Ensayo de Historiología*, no inauguraba una secta –“la especie de los americocastristas”, la llamó Egidio (21)– sino un salto cualitativo, geométrico en la terminología euclidiana anterior: contemplar la historia a través de las obras literarias del tiempo en cuestión, preguntarse por las realizaciones artísticas, etcétera. No era –nunca debería ser– tan importante el adiestramiento positivista del historiador como una menta abierta en cuya imaginación cupiese la posibilidad de comprender las cosas, antes que sabérselas.

Zahoríes

El antes citado Szpiech aborda precisamente esta cuestión anterior al comparar la obra de Castro y la del coetáneo –y en tanta medida coincidente– Erich Auerbach a la luz inspiradora de Giambattista Vico, quien contempló la historia y la filología como una misma disciplina, y que abogaba por la interpretación figurativa de los momentos históricos. De nuevo: imaginación aplicada a la inteligencia comprensiva. Vico, por encima de todo, distinguió entre lo que se entiende como verdadero, *verum*, y lo que se entiende como cierto, *certum*, dejando lo primero para las

disquisiciones teológico-filosóficas y lo segundo para las ciencias interpretadoras de realidades pasadas (Szpiech 107), nuestro ámbito de estudio. Sin embargo, ¡cuánto academicismo ha empleado su pluma en la proclamación exclusiva de lo *verum*, en lugar de avanzar sanamente por lo la senda de lo *certum*!

Szpiech, por cierto, establece concomitancias entre las respectivas novedades temáticas de esos dos autores, así como una coincidencia en sus obligados modos reactivos. Entre la teoría historiológica de Castro y el sentido de la historia de Erich Auerbach, impulsor de la literatura comparada en Estados Unidos y docente como Castro en Princeton durante los mismos años que éste. Ambos florecieron en el exilio, ambos provenían de la tradición germánica de estudios románicos, y ambos debieron postularse de un modo reactivo frente a la limitación de sus respectivos ambientes de origen: Castro ante el positivismo histórico español, Auerbach por su “osadía” de historia literaria frente al nuevo historicismo ambiental (Doran 353).

Puesto que todo nace de lo anterior, no es nada improbable que la coincidencia de Castro con Auerbach en formación románica se imbuyese igualmente de la imperante influencia de los estudios filológicos alemanes a principios del siglo XX. Alemania enmarca también un primer y aprendido revulsivo castrista contra el positivismo omnipresente, de más que posible forja en aquellos años de formación en el extranjero. No en balde, traduciría después Castro la *Introducción a la lingüística románica* de Wilhelm Meyer-Lübke, célebre adaptador del método comparativo a los estudios románicos, a la par que inveterado escéptico de contenido así como etimologista de formas – también lo será el propio Castro inicialmente. En esta primera etapa de la trayectoria formativa y productiva castrista, marcada por una intensa visión europeísta (Araya 1974, 145), también probablemente tomase Castro de Dilthey la circunstancialidad social del individuo, situación para la que acuñaría su célebre término “morada vital” para mantener una equidistancia: somos hijos de nuestro tiempo y entorno, sí; pero también moldeamos a éste. Desde esta primera fase irá evolucionando Castro a medida que pasase el tiempo: desde ese europeísmo hasta el americanismo, pasando por el descubrimiento de los sustratos semíticos en la cultura española, siempre objeto de estudio –problema– en su larga obra. Castro avanzó, evolucionó.

Sin embargo, a Eugenio Asensio, por ejemplo, agrio crítico de Castro, nunca le gustó esa evolución de nuestro primer historiólogo. Un hombre tan compacto, tradicional e inmovilista como Asensio –sin que ello menoscabase su enorme capacidad intelectual– no compartía, al parecer, aquella reflexión de Sánchez-Albornoz que antes citaba en el sentido de que nunca se deben mantener inalterables las concepciones historiológicas. ¿Qué no habría escrito Asensio despreciativamente sobre el segundo Wittgenstein, por ejemplo, de tan marcada evolución correctora con respecto a sus inicios? “Esta obra [escribe Asensio por *España en su historia*] [...] significa una ruptura con el pasado del autor, ruptura en el campo del método y en el de las ideas” (1976, 7). ¿Y qué? Pensamos la mayoría. No le gusta tampoco a Asensio que Américo Castro abandonase la que llama su “concepción de una historia objetiva basada en erudición, adherida al pormenor” (1976, 7), para rematar que “Américo Castro magnifica el desastre moral que supone la escisión de las tres castas religiosas que juntas habían integrado la España medieval” (1976, 8). ¿Y cuándo –pienso yo– podría considerarse eso como deleznable? A menos, claro está, que cuanto se ofrezca como alternativa a Castro sea una, grande y libre consideración monocromática de la España nacional-católica. Por cierto, con todo el derecho de opinión, propaganda y proyección política, pero no tanto de realidad histórica analizable. Es decir: con legítima intencionalidad ideológica, pero menos credibilidad intelectual.

Eugenio Asensio fustiga a Américo Castro, acusándolo de que sus reflexiones “van mucho más lejos de lo que autorizan los datos y falsean la historia. Cuanto no encaja en su esquema es rechazado con hostilidad apasionada” (1976, 10), que es el modo usual de describir, por parte de un atacante, la siempre limitada relación de pruebas seleccionadas que se presenta en una hipótesis. Ocurre aquí como en la ilustrativa historia del acusado a quien va a sentenciar el juez al contar con varios testigos que lo vieron en la escena del crimen, y se defiende diciendo que él podría llamar a

muchos más que no lo vieron allí entonces. Es decir: el atasco hermenéutico en la crítica ideológica a todo proponente de hipótesis es demencial. En este caso, Asensio critica una relación limitada de ejemplos y pruebas, llegando a afirmar algo interesante referido a un historiador que busca el origen de las cosas: “Cada vez desconfío más de los buscadores de fuentes o zahoríes” (1970, 59). A este respecto había dejado escrito Castro precisamente que “no se trata de buscar fuentes o influencias, sino de hacer ver la perspectiva en la cual la historia va realizándose” (1950, 38). Por cierto que Asensio dirá en otro lugar que “un pueblo es hijo de su pasado, de todo su pasado” (1976, 9), en justa referencia a que romanos y godos forman parte ineludible del sustrato de España, y sin embargo no dedica una sola línea a admitir la igual esencialidad del sustrato semítico.

En realidad, este autor y tantos otros menosprecian con Castro a los llamados “historiadores filosofantes”, cuyo santo patrón no es otro que precisamente el citado Giambattista Vico (Asensio 1976, 10), referencial según veíamos en Auerbach. Lo cierto es que el llamado “nuevo arte crítico” de Vico (Vaughan 5) consiste curiosamente en “una nueva filología al servicio del conocimiento”, una “forma imaginativa de conocimiento” (Vaughan 5). Vico contempló su *Nueva Ciencia*, obra emblemática, como “el relato de los movimientos del devenir histórico que subyace en el transcurrir de las naciones [...]; una historia que debe ser escrita partiendo de las nuevas evidencias que emergerán tras aplicar ese “nuevo arte crítico” propuesto” (Vaughan 9). Es decir; tiene sentido y coherencia que historiadores positivistas anti-historiólogos fustiguen a Vico, dado que desestiman en él y con él toda comparación y coordinación de disciplinas, indudable procedimiento fundacional del método historiográfico en su búsqueda indiscriminada de fuentes para la comprensión de la historia. El caso de Asensio es ya visceral en este sentido, ya que tergiversa la obra de un célebre versionador de Vico, su compatriota Benedetto Croce, presentándolo como crítico desestimador de la obra de aquel. Asensio extrapola citas de Croce para dar la impresión ante el lector de que recrimina a Vico (1976, 20), cuando en realidad le dedica en su integridad ese monumental y célebre estudio laudatorio *La filosofía de Giambattista Vico*, en cuyo prólogo acude Croce al propio Goethe para referirse a Vico como *Altwater*, anciano padre (Croce viii).

Criticar ese zahorismo, esa búsqueda de fuentes, sólo puede responder a un deseo de silencio, de “historia sin testigos”, al mantenimiento de un relato canónico de los hechos acaecidos sin distorsiones, sin evidencias de divergencia. La historiología de nuestros autores tratados se ocupa en esencia de proponer teorías sociohistóricas para interiorizar voces distintas de las de siempre, y no por simple alternancia sino por justa complementariedad. Beysterveldt apunta a correlativas resonancias emocionales en este modo de comprender la historia, a la insatisfacción como punto de arranque (59), pues no se puede permanecer impasible ante el descubrimiento de voces divergentes en esa historia pretendidamente monocromática. Voces enriquecedoras, comprometedoras, ante las que es imposible no proyectar energía afectiva, casi nostálgica, en unas Españas determinadas negadas al idealismo u optimismo como fueron las de la juventud de Castro, regeneracionista, o la madurez de Márquez Villanueva, de apatía y anemia social tardofranquista. Ese posicionamiento crítico emocional ante la materia de estudio puso siempre por delante al analista honrado frente a la fingida objetividad. Castro menospreció lo “científico” en su acepción de aséptico, distanciado, como cuando acuñó aquello de “no escribo con fines “científicos” ni para saber por saber, renuncié a ello hace muchos años” (1972, 175) poniendo siempre la honradez humana del interpretador por encima del falso objetivismo.

La función crítica en la historiología de Castro y Márquez Villanueva, por ejemplo, es de carácter orgánico, adaptador. Avanzar a la medida de la búsqueda es la razón de sus necesarios cambios de rumbo, sus respectivos saltos temáticos –mucho más llamativos en Castro, por cierto–, esenciales en vocaciones progresivas, tan inusuales en España dado lo habitual del especialista como burro uncido a la noria de su terreno trillado. Al contemplar sus obras en perspectiva, resulta evidente que esos saltos no son en modo alguno inconexos, deslavazados. En el caso de Castro, por ejemplo, europeísmo, semitismo y americanismo, tres ámbitos abordados consecutivamente, son en realidad tres dimensiones ineludibles en la materia general de España como problema, por lo que el

transcurrir por los tres; saltar de uno a otro, se impone como necesario en toda trayectoria diagnóstica que se precie a la hora de analizar el problema de España. A la hora de contemplar su habitabilidad en esas tres estancias configuradoras de su carácter, como al cabo resulta ser objetivo central de su historiología, probablemente ejemplificado mejor que nunca en el punto central de esa trayectoria, la publicación en el Buenos Aires de 1948 de *España en su historia*.

En esa búsqueda de fuentes y habitabilidad, y al decir de sus críticos, Castro “agita la historia” para bien o para mal, desde el ya comentado convencimiento de que el historiador –persona, sujeto– sólo puede ser subjetivo, si bien honrado; deberá mostrar cuanto ve desde la valoración de su cualificación intelectual, y no meramente hacer una relación de fechas y nombres propios, según la cansina tarea del positivismo. Su historiología no es “de salón”, sino de tan profunda implicación personal que difícilmente puede leerse sin comprender el lamento como ideología; el desgarramiento que lo llevó, desde lejos de su país en guerra y dura posguerra, a obsesionarse con la idea de “por qué se hizo tan dura y tan áspera la convivencia entre los españoles, cuál es el motivo de haberse hecho endémica entre nosotros la necesidad de arrojar del país, o de exterminar, a quienes disientían de lo creído y querido por los más poderosos” (Sicroff 118). En ese sentido acude al Medioevo como precedente matricial, como ensayo de rechazo a la convivencia al despreciarse la alteridad religiosa angostado el tiempo andalusí.

Sin embargo, en la historiología de Castro hay optimismo encubierto. Lo hay en su rechazo al determinismo biológico de Spengler, según el cual “cada cultura posee sus propias posibilidades de expansión, que germinan, maduran, se marchitan y no reviven jamás” (Gómez-Martínez 410). Lo hay también, de un modo definitivo, en su idea de la “historia vertical”, objeto de polémica con Marcel Bataillon, para quien, aun aceptando que toda historia es una narración personal, resulta que la “historia horizontal” –de un tiempo concreto– es más “objetiva” que la vertical, que cobra sentido en la trayectoria, el movimiento. Aquí Sánchez-Albornoz no se opuso abiertamente, sino que aceptó la complementariedad de ambos objetos de interés, en velada aceptación de la historia vertical de Castro, para quien acabaría teniendo más sentido la trayectoria vital de los españoles desde su pasado -verticalidad, diacronía- que desde el presente conectivo con sus vecindades tal como Bataillon proponía -horizontalidad, sincronía-. Y aquel “optimismo encubierto” de Castro se basa precisamente en esta verticalidad: la historia auténtica de un pueblo [...] ha de construirse desde un presente retrospectivo, porque sólo así se revelan la trascendencia y la valía de lo que el tiempo no se llevó” (Gómez-Martínez 413), presentando así esa “valía” como la luz al final de un túnel.

La lectura semitizante

Destaca acertadamente Sicroff que “Castro ha quedado como el «semitizante» por antonomasia de la historia y cultura de su patria” (105), condicionando el desarrollo histórico de España mediante su novedoso análisis de sustratos. Es probable que tal “lectura semitizante” caracterice en última instancia y a grandes rasgos el resultado final de los trabajos tanto del propio Castro como de Márquez Villanueva, si bien resulta evidente una evolución desde las apreciaciones del primero hasta la seguramente más pausada sistematización del segundo. Evolución, por cierto, que transcurre en paralelo a otra en la mentalidad española con respecto a su propio pasado, desde una previa y completa asimilación con el ideal nacional-católico exclusivista, hasta el reconocimiento progresivo –diverso en su intensidad, todo sea dicho– de innegables aportaciones de lo semítico en nuestra cultura y la europea. En este sentido, la sentencia no puede ser otra: la historiología de Castro, continuada e intensificada por parte de Márquez Villanueva, ha triunfado en sus presupuestos teóricos y ha introducido en la mentalidad de los españoles la necesidad de un reconocimiento de lo semítico como componente de su sedimento histórico. Por supuesto, tal reconocimiento va desde la aceptación a regañadientes de detalles civilizadores menores por parte de algunos, hasta quienes podemos considerar que al-Andalus es un componente sustancial de la civilización europea y uno de los motores del llamado Renacimiento.

De nuevo: ese reconocimiento de sustrato semítico no equivale a determinismo histórico, so pena de caer en historicismos o en reconocimiento de los sistemas religiosos como sujetos inmutables de la historia. Castro no puede estar más lejos de aquel determinismo histórico, expresado por él precisamente, para distanciarse, como “fatalismo mítico”, frente a la más sutil “historia invisible, previa a la vida dada en los largos siglos, hoy a nuestro alcance” (2009, 174). Muy al contrario, la historiología vivifica un pasado sorprendente, de inesperada colación; se basa en razones o explicaciones originales ante la inexpresividad, previa a Castro, de la mentalidad española con respecto al origen de muchas de sus características. Plantear elementos paganos o semíticos en el mito de Santiago y la peregrinación asociada, o las célebres disquisiciones sobre la naturalidad judaica de la limpieza de sangre, por poner sólo dos ejemplos, no apuntan a una completa esencia hispana camuflada a la espera de su desenmascaramiento –como resulta aparecer, caricaturizada, en la visión de sus detractores– sino más bien a la aceptación de una herencia a beneficio de inventario.

Cualquier lector desapasionado –des-ideologizado– que aborde la lectura de Castro, así como la subsiguiente y contrastada de sus más avezados críticos, convendrá en que aquel secuencial “salto temático” criticado del castrismo –recordemos: europeísmo, semitismo, americanismo– refleja en sí mismo un necesario avance teórico según circunstancias y caminos que van abriéndose. Esto lo aleja de ser un “autor con agenda previa”, con ideología y prejuicios determinados al servicio de los cuales poner su pluma, dado que no es el tema –argumento, opinión– cuanto aparece primero, sino que éstos van surgiendo a medida que cambia el paisaje.

Tales prejuicio e ideología previa, por otra parte, desde luego sí pueden detectarse en tan avezados críticos –zoilos, decía antes–, cuya densa y esforzada producción no salva ni los muebles en el ataque despiadado que hacen al castrismo, inequívoca señal de que tal crítica es, antes que nada, *falacia ad hominem* y no contra sus afirmaciones o alguna de ellas. Éstas son recolectadas, a modo de lista negra o pliego de cargo, sólo para menosprecio de un hombre molesto que presenta su obra a los efectos de “demolición y reconstrucción” (Castro 1980, 3) y que osó ofrecer interpretaciones incompatibles con los mitos fundacionales hispanos, esto es, el –así llamado por Castro– “eterno e inmutable español”; la esencia gótica y católica ocasionalmente raptada y finalmente recompuesta en un salvífico proceso de reconquista.

Pues bien, entiendo que método historiológico y recuperación continuada de lo “semitizante” son cuanto después caracterizará a Márquez Villanueva. No por resumir en exclusiva y última instancia el enorme y compacto conjunto de su obra, sino por cuanto representa su heredada “molestia” intelectual ante un academicismo siempre etiquetador y poco ágil. Márquez Villanueva destaca precisamente como natural ampliador de la obra de Castro, menos por seguimiento que por personal descubrimiento de términos parecidos. Y lo hizo en un viaje intelectual por tierras parecidas a las que Castro pudo transitar, si bien Márquez Villanueva alcanzó a delimitar más concretamente una densa y definitoria interculturalidad constitutiva de la cultura española (Llored). Al igual que Castro partía de la lexicografía y los estudios románicos en un primer momento –campo aún lejano al semítico; por tanto, en modo alguno zarpaba desde presupuestos ideológicos en busca de aquiescencia–, Márquez Villanueva partirá de aquellas viejas consideraciones sobre la literatura castellana del siglo XV –en torno a la figura de Juan Álvarez Gato, en concreto– para detectar precisamente el elemento morisco, la enésima consustancialidad “semitizante” del ser español, que por lo mismo alimentaba y cuadraba esa realidad poliédrica clásica en el aún incompleto “triángulo del ser español” que solía limitarse desde el siglo XV al “itálico modo” renacentista, el afrancesamiento ilustrado, y la posterior germanofilia.

Frente a cuanto pueda presentarse aparentemente como ruptura con la tradición, al sumarse al cambio de paradigma castrista, Márquez Villanueva establece nexos y salva precedentes de lo anterior en su sorprendentemente pausada obra innovadora. Así, comprometido con alcanzar a escuchar el “latido integral” de España, comprendió que método y maestro –historiología y Castro– ampliaban de algún modo aquel antiguo “atender con inédito cariño al nexo del lenguaje con la

literatura, la geografía y la historia” en el “aire renovador” de Ramón Menéndez Pidal. Castro, así, suponía un “neto abordaje a lo que cabría considerar como una agenda aplazada” de tal escuela (Márquez Villanueva 2003, 84). Y era Márquez Villanueva el que ofrecía el puente interpretador.

Márquez Villanueva aplica desde lo más estrictamente literario similares procedimientos historiológicos a los de Castro. Y, de modo parecido, reserva un lugar destacado para lo religioso/espiritual inherente a una cierta lectura pragmatista de la literatura española clásica, entendiendo la pragmática como rama de la semántica que valora las circunstancias y el contexto para comprender el texto y sus miles de matices; connotaciones, dobles sentidos en gran medida obligados por un régimen político monocorde que no aceptaría –es más, que castigaría– una literatura denotativa sobre determinados temas. ¿Y cuáles son esos temas que encuentra Márquez Villanueva en su lectura pragmatista, en su análisis historiológico de la riqueza connotativa de nuestra literatura clásica?: la savia de una tercera España conversa que aún tiene voz. De nuevo, al igual que en el viaje intelectual de Castro, Márquez Villanueva no partió de prejuicios ideológicos: encontró el material oculto en nuestra literatura, y accedió a él mediante una inteligente lectura sin tapujos. De ahí, a la consideración de los moriscos como españoles, sólo había un trecho que andar con valentía y con las alforjas llenas de análisis de casos concretos.

Para Piñero Ramírez, nuestro autor “iluminó horizontes imprevistos y mostró métodos desconocidos, por no habituales, en la interpretación de los textos literarios” (2013, 19) mediante la originalidad de sus interpretaciones. Concilia un complejo cuadro socio-histórico con el problema de la personalidad en la creación literaria hispana, y descubre el factor multiplicador que se produce en la historia cultural hispana mediante la interacción de las llamadas “tres leyes”; eso que Borges describirá simbólicamente como “la España del Islam, de la cábala, y de la noche oscura del alma”. Sus estudios son, al cabo, una densa y profusa secuencia de “estudios de caso” en esa idea-motor sobre tal mutua fecundación de las civilizaciones presentes en nuestra cultura. A los efectos de actualidad, es lo que hoy día llamaríamos *cross-pollination* para los procesos culturales en formación; hibridación que en nuestro caso bien podría considerarse “mudejarismo”, por la profusión en el empleo del término. En ese terreno nuevo, resbaladizo al deber saltarse de especialidad en especialidad, y mediante su “dejar hablar a los textos” (Piñero Ramírez 2005), Márquez Villanueva investiga y resuelve mediante desbordamiento, en permanente cuestionamiento más que coleccionando aseveraciones.

Márquez Villanueva es consciente de su firme paso por la senda de la historiología castrista, sin por ello dejar de abrir campos nuevos o matizar e incluso corregir. El rigor científico así lo requiere: sabe que para la construcción de una ciencia empírica de los fenómenos del espíritu se requiere método, “una hermenéutica (u orden de medios a un fin)” (Márquez Villanueva 2003, 87) y se pone a aplicarla a la medida de sus propias inquietudes, avisado por lecturas de Thomas S. Kuhn acerca de cómo se suceden de un modo natural, orgánico, el relevo de paradigmas en todos los ámbitos del saber, por más que en España el ámbito de la historia sea una disciplina “mal comprendida y peor enseñada (Márquez Villanueva 2003, 87), a cuya percepción comprensiva deben acudir los textos literarios, “la literatura como instrumento heurístico”. Nuestro autor percibe, junto con Castro, que en España se presentan problemas sociales y religiosos completamente únicos, por lo que algunos presupuestos anti-teístas de la historiografía positivista deberán ser matizados, dado que las grandes categorías con que el academicismo europeo divide la historia –los “marbetes culturales”, en sus palabras– no tienen por qué encajar con la historia cultural española.

Si con Castro estallaba lo “semitizante” ante el parapeto apologético de ideólogos contrarios –“ciegos voluntarios” –, con Márquez Villanueva discurre plácidamente lo hispanosemítico en una obra que ya no está sometida a la “tradicional cuarentena de una alogenia” ni al ámbito forense de “ghettos académicos de arabistas y hebraístas” (Márquez Villanueva 2003, 92), lo que no quita que su autor se viera forzado a habitar las –por otra parte, sin duda– plácidas y fértiles lejanas periferias de su tierra natal. En un sentido parecido al que recoge Egido en su testimonio sobre la propuesta de un galardón a Eugenio Asensio y el rechazo de los responsables en unas circunstancias en las que

“otro era el lugar y otras sus querencias” (Egido 24), por la misma ley del péndulo ideológico hispano –o bien por el reparto de esas querencias–, nunca pudimos asistir al acto de entrega a Francisco Márquez Villanueva del premio Príncipe de Asturias de Comunicación y Humanidades en 2009. Desde el momento en que firmé la propuesta fui dando cuenta puntual del inusitado apoyo –nacional e internacional– a tal candidatura. Quienes formábamos parte de alguno de los jurados aquel año pudimos comprobar que la candidatura de nuestro admirado amigo se caía del podio en última instancia por inectivas, que triunfaron, contra su libro sobre el mito de Santiago, cuyo contenido –imagino– no casa con aquello de “Asturias es España, el resto es tierra conquistada”. Ese premio de Comunicación y Humanidades se lo llevó aquel año la Universidad Autónoma de México. En todos los años en que formé parte del jurado de las Letras en esos premios, de 2002 a 2009, también firmé siempre la candidatura de Juan Goytisolo con idéntica suerte.

El califa Alfonso X: del problema de España a la solución

Desde los primeros estudios de Márquez Villanueva sobre Juan Álvarez Gato, el autor se propuso siempre “no crucificar los hechos sobre alguna teoría preconcebida y evitadora de complicaciones”, movido en todo momento por “la seriedad trágica de toda labor histórica, impuesta por el respeto que merecen los muertos”. Ya desde entonces apreció de Bataillon las “claves de lectura para el conocimiento de nuestra historia y literatura espiritual”, y de Castro “su trenzar un hilo oriental en la cultura española que venía a responder a muchas preguntas y a suscitar otras”; su “descodificar una literatura [...] donde la expresión directa de las cosas no era posible con todas sus letras y causaba el feliz desarrollo de las más complejas estrategias y coartadas” (Márquez 1960, Prólogo). Así, desde siempre se imponía en la obra de nuestro autor esa “ambiciosa metodología inter-disciplinar” y desde bien pronto apareció en su horizonte aquel “humanismo hispano-semita” como forma cultural de lo judeo-converso y lo morisco. Con esos mimbres, Márquez Villanueva construyó una obra equidistante del acatamiento doctrinal o academicista, de la occidentomanía, o de lo pacato hispano.

Es decir, una obra disidente, orientalizante, y en la que se detecta aquí y allá lo mismo efluvios espirituales que eróticos. La siempre recordada Carrasco Urgoiti escribió sobre él que logró mostrar “la simbiosis vital y cultural de la cristiandad con el judaísmo y el islam” (42). Y lo hizo desentrañando discursos modernos en los que se evidenciaba que la cuestión morisca o judeo-conversa no había abandonado jamás la vital literatura española y, por lo mismo, seguía siendo componente ineludible de su historia. La llamada reconquista se convertía así en españolísimo tapón, “última palabra” con que se cerraba toda posible acción o comentario al respecto de filtraciones de lo previo, por lo que resultaba ineludible que Márquez Villanueva se refiriese siempre a esa conceptual reconquista como lanzamiento apologético de nuestras trágicas expulsiones y olvido. Desde ahí, el casticismo, lo pacato de la mano de lo avasallador, el miedo academicista a toda nueva interpretación –peligrosa fisura en el compartimento estanco de un catecismo autoritario– serán siempre el precio a pagar por parte de una sociedad que debe reconstruirse artificialmente mediante ingeniería ideológica. Puesto que la maurofilia no había existido previamente fuera de España, desde fuera tampoco se entenderían nunca los “dientes apretados” de todo autoritarismo ideológico ante el regreso de lo hispano-semítico.

“Lo que hoy consideramos esencia de españolidad no fue sino un bandazo radical”, y percibirlo “no debe llevar a llantos ni aplausos, sino a reconocimiento”, afirmará Márquez Villanueva al respecto de las repercusiones literarias de la violación de las Capitulaciones de Santa Fe en 1599 (1991, 1; 1991, 10). Y en mi opinión, el más alto grado de equidistancia frente a tales aplausos o llantos, así como de agudeza científica y seducción intelectual, lo alcanza Márquez Villanueva en su obra sobre Alfonso X, que con su usual recámara irónica minimizaba diciendo que se había limitado a destacar, frente a los habituales biógrafos de este rey –esforzados contables de títulos, fechas y batallas–, que por algo se le conocía como “el Sabio”. Nuestro “sevillano de Harvard” marcaba así

la diferencia historiográfica entre el sabérselo y el comprenderlo; entre el “seco enunciado de los hechos” (2004, 157) del positivismo histórico y la asimilación de los procesos.

Márquez Villanueva abre su obra sobre el rey sabio con un desideratum acerca de los anhelos presentes “hacia un pasado que es tierra de nadie o de todos” (Márquez Villanueva 2004, 12), trasladando tal percepción al concepto cultural de un rey, Alfonso X, para el que la historia de España es la “de los españoles de cualquier época y religión”, y valga esto para aviso de navegantes ante la muy actual discusión bizantina acerca de cuál debió de ser el pistoletazo de salida del concepto de España, con legiones de legajistas –contables dickensianos de visera y manguitos– buscando el documento fundacional –genial e inveterada papirofilia hispana– de un territorio alabado por igual y con idéntica referencia titular –tierra, clima, habitantes, cultura– tanto en las *Laudes hispaniae* de Isidoro de Sevilla como en las *Risalat fi-fadl al-Andalus* –elogio de al-Andalus– de los cordobeses al-Shaqundi o Ibn Hazm, o bien en los repertorios de los *Kantika Sefarad*, por citar sólo algunas muestras.

El salto cualitativo esencial de Márquez Villanueva en su obra sobre Alfonso X es que no sólo “lo” español es suma y sigue con sustanciosas cifras semíticas, sino que “el” español, el idioma, salta a la palestra precisamente con el rey sabio para desligar del latín la idea del saber. Alfonso X el Sabio fue el rey del idioma español culto, y para que un tiempo, territorio y lengua pudieran estar a la altura de tal requerimiento de nivel o registro, el factótum nominal de logros tales –por más que se debiera en gran medida a su entorno, así y habitualmente consustancial en las referencias al monarca– debió basarse ineludiblemente en cuanto hoy entendemos como multi-culturalidad –por cierto: ¿cuándo y cómo podría hacerse de otro modo? ¿Cuándo se alcanzó una máxima cota cultural mediante exclusivismos? –. De la suma, del injerto, “surgió un designio cultural sin paralelo en el Occidente cristiano” (Márquez Villanueva 2004, 17). Así, Márquez Villanueva convertía en solución –la suma de “leyes” diversas– cuanto en su mentor Américo Castro había sido elaborado en tanto que problema. La historiología había avanzado desde la detección y diagnóstico hasta la propuesta de tratamiento.

Con el rey sabio de Márquez Villanueva aprendemos que “la precoz opción del vernáculo castellano como clave de un ambicioso proyecto de renovación intelectual” es complemento de la creación de una “Universidad de modelo occidental y otra para los estudios de arábigo”, “pasando el latín a ser lujo o entretenimiento para unos cuantos” (Márquez Villanueva 2004, 18) sin por ello caer en arrebatos medievales o “anacrónico sueño nacionalista a la moderna”. Su proyecto cultural avanzó siempre por puro pragmatismo enfrentado a “grupos políticamente retrógrados que no le permitieron acometer una definitiva revolución institucional o legislativa” pese al conjunto de sus logros inclusivistas (Márquez Villanueva 2004, 19). Así, el concepto cultural alfonsí es presentado por nuestro autor como hecho diferencial (Márquez Villanueva 2004, 20) sin retruécanos nostálgicos de tiempos pasados sino precisamente con aprovechamiento de la historia rica como combustible de futuro, en línea con cuanto destaca Cano Aguilar (1987) sobre la propia ciencia alfonsí, con miras en Europa, en el futuro, en una cristiandad en probable interpretación como civilización universal, dado que “el vernáculo castellano se identifica como clave de un esfuerzo intelectual común para los españoles de las tres religiones, pero tanto de inmediato como a la larga, mucho más favorable para los cristianos (Márquez Villanueva 2004, 20).

En su “incorporación eficaz y activa de la alteridad oriental”, motor cultural, comercial, civilizador del Mediterráneo en los siglos anteriores, en torno al emblemático rey sabio transcurrió la “vida intelectual en diario contacto humano con las realizaciones de la cultura árabe, que en la práctica era actualizada en la península por individuos de religión judía” (Márquez Villanueva 2004, 20) y que probablemente respondía a una manifestación más de la multiseccular presencia musulmana que desconocía el resto de Occidente, por lo que ese hecho diferencial nuestro era al tiempo un cénit de su época, y su nominal factótum, el rey sabio, ocupaba funcional y formalmente el aspecto y dimensión más bien de un califa de corte islámica –mecenas, inclusivista, proyectista cultural– y en absoluto cabía en el perfil habitual de un monarca europeo al uso.

En definitiva, la historiología de Márquez Villanueva completa la de Castro, e incorpora el hecho diferencial de un sutil proyectismo solucionador. En base al concepto cultural del “califa” Alfonso X, y tras la citada detección castrista del célebre “España como problema”, Márquez Villanueva presenta una “España como solución”; la España en movimiento y seguimiento del inclusivismo alfonsí. Desde Márquez Villanueva, decir que el Islam y lo judío forman parte de la esencia de España y por tanto de Europa podrá tergiversarse en las mentes de quienes tienen una idea determinada del Islam, en modo alguno relacionada con lo cultural, pero no en las mentes abiertas y conocedoras del pasado móvil y polícromo. Del mismo modo, pensar que remitir a la tradición islámica o judía en la península ibérica excluye una valoración de lo romano y/o gótico sólo cabrá en la mente de quien no comprenda las igualmente profundas raíces romanas y góticas de lo andalusí.

Francisco Márquez Villanueva perfecciona y consolida el método historiológico con su estudio de Alfonso X. La evolución en las mentalidades sobre la ínclita “lectura semitizante” demuestra que el tiempo pone las cosas en su sitio, sí, pero también muta en sus percepciones generales. Como en la cita de Ana Karenina que abría estas líneas, las ideas generales cambian por sí mismas de un modo imperceptible. Pero no cabe duda de que lo hacen después y merced a que alguien choque estrepitosamente contra las “verdades” comúnmente admitidas; las posturas “oficiales”.

Obras citadas

- Araya, Guillermo. "Idea de la historia de Américo Castro". *Estudios Filológicos* 7 (1971): 7-36.
- . "Dos etapas en el pensamiento de Américo Castro". Ed. Maxime Chevalier *et al.* *Actas del V Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*. Burdeos: Instituto de Estudios Ibéricos e Iberoamericanos-Universidad de Bordeaux III, 1974. 145-157.
- Asensio, Eugenio. *Poética y realidad en el cancionero peninsular de la Edad Media*. Madrid: Gredos, 1970.
- . *La España imaginada de Américo Castro*. Barcelona: Ediciones El Albir, 1976.
- Beysterveldt, Antony von. "Exploración literaria con Américo Castro". Eds. José Jesús de Bustos y Joseph H. Silverman. *Homenaje a Américo Castro*. Madrid: Editorial Universidad Complutense, 1987. 57-64.
- Cano Aguilar, Rafael. "Américo Castro y la obra científica alfonsí: algunas consideraciones en torno al *Libro de la Ochaua Espera*". Eds. José Jesús de Bustos y Joseph H. Silverman. *Homenaje a Américo Castro*. Madrid: Universidad Complutense, 1987. 65-75.
- Carrasco Urgoiti, María Soledad. "Francisco Márquez Villanueva ante la narrativa del siglo XVI". *Anthropos* 137 (1992): 37-42.
- Castro, Américo. *Ensayo de historiología. Analogías y diferencias entre hispanos y musulmanes*. Nueva York: F. C. Feger, 1950.
- . *Dos ensayos*. México DF: Porrúa, 1956.
- . *De la edad conflictiva*. Madrid: Taurus, 1972.
- . *Realidad histórica de España*. México: Porrúa, 1980.
- . *Obra Reunida III. España en su historia. Ensayos sobre Historia y Literatura*. Madrid: Trotta, 2009.
- Croce, Benedetto. R.G. Collingwood tr. *The Philosophy of Giambattista Vico*. Londres: Howard Latimer, 1913.
- Doran, Robert. "Literary History and the Sublime in Erich Auerbach's *Mimesis*". *New Literary History* 38.2 (2007): 353-369.
- Eggers Lan, Conrado. "Eudemo y el «Catálogo de geómetras» de Proclo". *Emerita* 53.1 (1985): 127-157.
- Egido, Aurora. *Eugenio Asensio, un humanista singular*. Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2012.
- Gómez-Martínez, José Luis. "La "morada vital" y lo historiable en la obra de Américo Castro". *Humanitas* 17 (1976): 405-415.
- González Ferrín, Emilio. "Francisco Márquez Villanueva y los artículos de fe". Emilio González Ferrín. *Encrucijada de culturas: Alfonso X y su tiempo / Homenaje a Francisco Márquez Villanueva*. Sevilla: Fundación Tres Culturas del Mediterráneo, 2014a. 17-19.
- . "Sobre al-Andalus, el islam, la conquista". *Revista de Libros* (28/07/2014b): 1-13.
- Llored, Yannick. "Entretien avec Francisco Márquez Villanueva: Histoire intellectuelle et interculturalité en Espagne". *Horizons Maghrébins* 50 (2004): 8-22.
- Márquez Villanueva, Francisco. *Investigaciones sobre Juan Álvarez Gato*. Madrid: Real Academia Española, 1960.
- . *El problema morisco. Desde otras laderas*. Madrid: Libertarias / Prodhufi, 1991.
- . "La historia interdisciplinar de Américo Castro". Ed. Eduardo Subirats. *Américo Castro y la revisión de la memoria*. Madrid: Libertarias, 2003. 83-102.
- . *El concepto cultural alfonsí*. Barcelona: Bellaterra, 2004.
- Peña Fernández, Francisco. "Francisco Márquez Villanueva y el legado de Américo Castro". Ed. Emilio González Ferrín. *Encrucijada de culturas: Alfonso X y su tiempo / Homenaje a Francisco Márquez Villanueva*. Sevilla: Fundación Tres Culturas del Mediterráneo, 2014. 31-68.

- Picón Salas, Mariano. "Dos ensayos históricos de Américo Castro". *Revista de la Universidad de México* 8 (1957): 30-31.
- Piñero Ramírez, Pedro (ed.) *Dejar hablar a los textos. Homenaje a Francisco Márquez Villanueva*. Sevilla: Universidad de Sevilla, 2005.
- . "Homenaje de *Archivo Hispalense* al profesor Francisco Márquez Villanueva *in memoriam*". *Archivo Hispalense* 291-293 (2013): 13-39.
- Rodríguez Puértolas, Julio. "En los ochenta años de Américo Castro". *Revista Hispánica Moderna* 32 (1966) 231-236.
- Sánchez-Albornoz, Claudio. *Ensayos de historiología. Historia y libertad*. Madrid: Ediciones Júcar, 1973.
- Sebold, Russell P. "Contra los mitos antineoclásicos españoles". *Papeles de Son Armadans* 103 (1964): 83-114.
- Sicroff, Albert A. "En torno a las ideas de Américo Castro". Ed. Maxime Chevalier *et al. Actas del Quinto Congreso Internacional de Hispanistas*. Burdeos: Instituto de Estudios Ibéricos e Iberoamericanos, 1974. 105-119.
- Szpiech, Ryan. "Américo Castro, Erich Auerbach, y la ciencia historiográfica". Ed. Emilio González Ferrín. *Encrucijada de culturas: Alfonso X y su tiempo / Homenaje a Francisco Márquez Villanueva*. Sevilla: Fundación Tres Culturas del Mediterráneo, 2014. 101-124.
- Vaughan, Frederick. *The Political Philosophy of Giambattista Vico. An Introduction to "La Scienza Nuova"*. The Hague: Martinus Nijthoff, 1972.